



CONFERENCIAS INFANTILES.

II.

LA LENGUA IBÉRICA.

Dudé, queridos amigos míos, al empezar estas conferencias, si debía empezar por el apellido que llevamos ó por la lengua que hablamos, y al fin me decidí por lo primero, pensando que, así en la sociedad humana como en el individuo, la familia es ántes que la lengua. Ya sé que ántes que la familia y la lengua es Dios, pero hay cosas que por sabidas se callan, y por eso callé yo esto que ya sabiais, porque es lo primero que vuestras madres y vuestros maestros os han hecho saber. Dado mi propósito de hablaros sólo de aquello que no se suele enseñar en las escuelas á que asistis ó se enseña muy de pasada, hablemos hoy de la lengua ibérica, cuyo nombre doy no tanto

á la que hoy domina en la península ibérica, como á la que la precedió en la misma península.

Algunos historiadores antiguos, entre ellos Estrabon, han dicho que ántes de la dominacion romana (que como ya sabréis, casi coincidió con el principio de la Era Cristiana) se hablaban en nuestra península diferentes lenguas. Esta noticia se ha empleado como concluyente argumento para sostener que es inútil averiguar cuál fué la primitiva lengua ibérica, porque aquí se hablaban, no una sola lengua, sino várias; pero este argumento me parece muy pobre. Las diferentes lenguas que aquí encontraron los romanos fueron los diferentes dialectos de la primitiva ó universal (que los tenía, como más adelante veremos, y como los tienen todas las lenguas), y los formados con las de los extranjeros,

como celtas y cartagineses, que habian invadido la península ántes de invadirla los romanos.

En la península ibérica habia desde tiempo inmemorial una lengua que indudablemente procedia del Asia, donde la nomenclatura geográfica conserva aún rastros de ella, como que hasta los nombres de Asia y Asiria pertenecen á la primitiva lengua ibérica, en la que significan «principio» y «principio de la poblacion» como, segun el Génesis, lo fué aquella parte del mundo de la sociedad humana.

Los romanos tenian por costumbre y ley indeclinable proscribir la lengua de los pueblos que conquistaban y sustituirla con la suya. Así, cuando invadieron y dominaron la península ibérica proscribieron la lengua que en ella encontraron, y la sustituyeron con la latina, que era la suya. De la lengua latina se formaron la castellana, la lemosina (que es la que se habla en Cataluña, Valencia y las islas Baleares), la portuguesa, la francesa y la italiana, contribuyendo tambien á la formacion de estas lenguas, y particularmente á la de las españolas, los restos de la primitiva ibérica, de la céltica, de la hebrea y la griega (que ya habian contribuido á la formacion de la latina), y, por último, de la arábica.

Hubo una region de nuestra península, que fué la cantábrica (ó sea aquella que se extiende desde el Bidasoa al Deba cántabro-asturiano, avanzando en la Mediterráneo hasta

cerca de Búrgos), donde los romanos, ó no penetraron, ó si penetraron, su dominacion fué incompleta ó nula. Allí se refugió la lengua ibérica proscripta del resto de la península; allí perseveró más ó ménos tiempo y más ó ménos pura, y en la parte oriental de aquella region (que son las Provincias Vascongadas y Navarra) persevera aún con tan leves alteraciones, que los que la hablan comprenden, sin dificultad, el significado de los nombres geográficos pertenecientes á la misma lengua, esparcidos por todo el resto de la Península, á pesar de las alteraciones que han introducido en ellos el tiempo y la dominacion de lenguas extrañas. Más aún os diré: hay en Andalucía un sabio y perseverante arqueólogo llamado D. Manuel de Góngora, que se dedica á la investigacion de las antigüedades llamadas prehistóricas, y como hace pocos años descubriese en aquel país un objeto que tenía una inscripcion que creia perteneciese á la primitiva lengua ibérica, me comunicó esta inscripcion, y habiéndola yo mostrado á gentes iliteratas que tenian por materna aquella lengua, la tradujeron sin la menor vacilacion. El objeto que la contenia era un pendiente ó arracada hecho con un diente de jabalí ú otro animal, y sin duda regalo de algun cazador. El alfabeto llamado ibérico tiene algunos caracteres que apenas difieren de los romanos. Casualmente pertenecian á este número los que formaban la inscripcion descubierta por el Sr. Gón-

gora, y por consecuencia no ofrecia dificultad su lectura, que era ésta: ANAIAC. *Anayac* equivale á «del hermano á la hermana», y por tanto expresaba que un hermano habia hecho á su hermana el regalo de aquel pendiente.

La lengua ibérica, la lengua primitiva de la Península española, la que precedió á la latina, madre de la castellana, es la que subsiste aún, viva y esencialmente pura, en nuestras provincias del Norte, y se designa con el nombre de vascongada ó euskara. Hasta hace poco más de un siglo casi nadie habia fijado la atención en esta lengua, y los más sabios y curiosos la tenían por bárbara y despreciable, á lo que contribuia la dificultad de estudiarla, pues no tiene conexión con ninguna otra lengua conocida; pero cuando la afición á la lingüística se despertó, reconociéndola como elemento importantísimo de los estudios arqueológicos, un sabio alemán, Guillermo de Humboldt, hermano del gran naturalista del mismo apellido, estudió la lengua euskara y publicó una profunda y docta Memoria, cuyas conclusiones eran: que la lengua euskara era maravillosa y única en el mundo por su excelencia, y que los rastros que de ella existen en la nomenclatura geográfica del resto de la Península prueban, sin dejar la menor duda, haber dominado en toda España.

Estas conclusiones de Humboldt, léjos de haber sido desvirtuadas por los estudios posteriores, que han si-

do muchos y son cada vez más, han sido ratificadas y confirmadas, de modo que la filología moderna está ya conteste en reconocer á la lengua vascongada como la primitiva ibérica.

Sólo me falta, amigos míos, decir algo de los rastros que de la dominación de esta lengua existen en toda nuestra Península. El mismo nombre de España pertenece á ella: *ezpaña* ó *españa* significa *labio*, *extremo*, *borde*, *límite*, como lo era nuestra Península del mundo conocido de los antiguos. Las dominaciones extranjeras, y particularmente la romana, adulteraron la nomenclatura geográfica de España; pero aún así aparece en esta nomenclatura la lengua primitiva. Por ejemplo, Andalucía (cuyo nombre, como otros muchos, incluso el de la misma España, ha sido interpretado de muy diferente modo por ignorarse la lengua á que pertenece) significa «tierra de la gran extensión», de *andi*, *andi-a*, grande, lo grande, y *lucea*, *lucia*, extenso, lo extenso. *Edeta*, nombre antiguo de la region valenciana, equivale á region apacible, suave y hermosa.

Como ejemplo de lo que se han adulterado los nombres euskaros ó ibéricos, aproximando su significación y eufonía á la conocida y vulgar, os citaré el de Reinosa, que es una villa situada á gran altura sobre el nivel del mar, en la ramificación pirenaico-cantábrica. Reinosa es modificación de *Errinotza* que significa «comarca fría» como extraordinariamente lo es aquella.

Los nombres pertenecientes á la lengua ibérica, así geográficos como de cualquier objeto, tienen la particularidad de expresar lo que más caracteriza al lugar ó el objeto que designan. Así, los que la conocen sólo necesitan conocer el nombre de un objeto para conocer lo que más le caracteriza ó más sobresale en él. Yo, que tengo algun conocimiento de ella, suelo admirar al que me nombra un pueblo de nombre ibérico, cuya situacion sabe que desconozco, diciéndole cuál es aquella situacion, sin más noticia que la que me ha dado el nombre.

Figuraos por estas indicaciones cuán curioso y cuán útil, sobre todo para los estudios arqueológicos de nuestra España, no será el conoci-

miento de la lengua ibérica, y cuán inconcebible es que la desconozcan por completo casi todos los que en España se dedican al estudio de las antigüedades!

Un consejo voy á daros, amigos míos: si alguna vez concebis la noble ambicion de ser individuos de la Academia de la Historia, á que pertenecen nuestros historiadores y anticuarios más doctos, no dejéis de prepararos para merecer aquella gloria con el estudio de la lengua ibérica.

Adios, queridos amigos, hasta nuestra próxima conferencia, en que pasaremos revista á las muestras de las tiendas y los anuncios de surtido *en calzoncillos y en capas.*

ANTONIO DE TRUEBA.



NO MÁS ALLÁ.

I.

Ya deja el puerto la nave,
Ya va la nave á marchar,
Ya velas y gallardetes
Ufana á los vientos da.

En busca va de riquezas
Al otro lado del mar:
¡Qué de esperanzas la impelen,
Humo tan sólo quizás!

Muy léjos se va la nave,
Y aún iria más allá,
Que allí hay oro en abundancia
Para todos los que van.

Ya partió: ya por recuerdo
Deja tendida detrás
Larga estela temblorosa,
Que no se tarda en borrar.

¡Qué ufana corta la nave
El piélagos de cristal!
¡Cuánta gente lleva dentro;
Sabe Dios quien volverá!

II.

¡Qué nos cuentan esas olas
Sobre la playa al chocar,
Que avanzan y se retiran
Y se acercan luégo más?

Parece que mensajeras
Vienen la tierra á buscar,
Y huyen temiendo anunciarle
Alguna nueva fatal.

Con gotas que el llanto imitan
Las rocas vistiendo están,
Y al estrellarse remedan
El humano respirar.

Tal vez, cual triste recuerdo,
Después de la tempestad
Tablas de ignorada nave
Van en la playa á dejar.

¡Qué es lo que dicen las olas,

Qué nueva á los hombres dan,
Cuando avanzan, van y vuelven
Y huyen luégo más atrás?

III.

Tengo en mi seno un abismo
De inmensa profundidad:
Rocas le visten de nácar,
De perlas y de coral.

Rotos cascos de navío,
Que nadie verá jamás,
Allí con algas y conchas
Me complazco en adornar.

Allí el que estrecha la tierra
Juzgó en su ambicion fatal,
Le doy, en vez de tesoros,
Por tumba la inmensidad.

¡Ay de la nave que ufana
Corta mis ondas audaz!
Pronto en deshecha borrasca
Juguete mio será.

Leve pluma, seca arista
Veráse hasta el cielo alzar,
Y entre espumas para siempre
Al abismo bajará.

Yo soy el mar; yo á los hombres
Aterro en ronco bramar.
Y les envío mis olas
Á decirles; «¡no vengais!»

Dios que mi soberbia enfrena
Con sólo su voluntad,
Me hizo límite ó castigo
De la ambicion mundanal.

Yo doy oro algunas veces
Entre zozobra y afán;
La muerte doy á no pocos,
A nadie felicidad.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

26, Setiembre, 1874.

LA TEMPESTAD.

Sin duda alguna, niños míos, habréis oído durante alguna noche una fuerte tempestad, y tal vez el miedo se haya apoderado de vosotros. Pues sabed que no es razonable tener miedo por los accidentes fortuitos que puedan sobrevenir, puesto que pasaríamos una vida demasiado triste. Además, la primera precaución que se debe tomar cuando hay tempestad es ponerse al abrigo de ella, y la segunda no afectar un ánimo tan ridículo ó más que el mismo miedo, y que puede aumentar un peligro que existe verdaderamente.

Me sería muy difícil deciros lo que es el trueno, y os sería completamente inútil saberlo. Ciertos cuerpos frotados producen fenómenos análogos á los del rayo. Se dice que se desprende de estos cuerpos una cosa que no se puede coger y que se llama *electricidad*. Esta electricidad, que no se conoce más que por sus efectos, produce la luz de los relámpagos y el ruido del trueno. Los sabios han dudado mucho tiempo, pero un físico de los Estados-Unidos de América, Franklin, concluyó con todas las dudas. Por medio de una cometa que lanzó á una nube tempestuosa, recogió electricidad, que encerró en una botella y llevó á su gabinete de física. No sabré deciros lo que es la electricidad ni nadie lo sabe todavía,

pero se conocen sus efectos, y si nuestra natural curiosidad no está satisfecha completamente, sabemos lo bastante para tomar las precauciones que la prudencia exige.

Se cree que la electricidad que se encuentra en una nube tiende siempre á reunirse á la electricidad de otra ó á la electricidad que está repartida abundantemente por la tierra. Se sabe que esta reunion se hace más fácilmente por medio de ciertos cuerpos que por otros. Los que la electricidad elige con preferencia son los llamados buenos conductores. El agua es un buen conductor; los metales, el hierro, el cobre, etc., son los mejores. El aire y el cristal son malos conductores. Entre dos buenos conductores la electricidad elige los más cercanos, por consiguiente bajo una nube cargada de electricidad, los árboles, los monumentos elevados son los objetos más expuestos.

Una vez dicho esto, es fácil conocer las precauciones que la prudencia aconseja tomar; es preciso huir de los sitios donde hay arbolados, no aproximarse á los zarzales, cuando en los alrededores no se encuentra ningun árbol más elevado, porque en una extension plana, un zarzal, cuya savia está húmeda, es un conductor peligroso para los que se apro-

ximen á él. El mejor partido que se puede tomar es dejarse mojar perfectamente; la lluvia no mata, y vale más estropear un poco el vestido que dejarse herir por un rayo. Acostaos sobre la hierba mientras la nube está sobre vuestra cabeza, y cuidad sobre todo de no abrir el paraguas. El baston del paraguas termina generalmente en una piececita de metal, que es un excelente conductor. Algunos hombres han muerto por haber cometido esta imprudencia.

Los campanarios están amenazados, como todos los cuerpos elevados en el aire; éstos están todavía más amenazados, porque terminan en una cruz ó una veleta de metal. Guardaos de tocar las campanas, porque, si el rayo brilla sobre el campanario, la cuerda de la campana puede servir de conductor y estais en grave riesgo. Cuando se ha visto el relámpago ya no hay peligro, el rayo ha producido su efecto. Lo demas no es sino miedo, que no puede hacer daño.

Se puede saber sobre poco más ó ménos la distancia á que se encuentra la tempestad. La luz del relámpago llega á nosotros sin retraso alguno; pero el ruido del trueno lleva ménos velocidad; no recorre más que 340 metros por segundo. Contad, pues, el número de segundos ó de pulsaciones que media entre el relámpago y el trueno, y este número multiplicado por 340 es la distancia buscada.

La experiencia demuestra que la electricidad se desprende lentamente y sin explosion por medio de los con-

ductores, cuando éstos están terminados en punta, y que cuando se acumula en los que no tienen esta circunstancia estalla con más ó ménos violencia. Si la tempestad descarga durante la noche y la nube está encima del pararrayos, se ve con frecuencia, en la punta de la varilla, una llama azulada, y es que la electricidad se escapa sin conmocion, sin ruido alguno. Este hecho, bien comprobado por Franklin, le condujo á inventar el aparato preservador llamado pararrayos. Un pararrayos se compone de una barra de hierro de cerca de diez metros, terminada por una varilla de laton de cinco centímetros, y por una aguja de platino de cinco centímetros tambien; despues viene el conductor de hierro, de unos diez y ocho milímetros de espesor, teniendo cuidado de no dejar agujero ninguno en sus juntas. La barra de hierro debe fijarse fuertemente á la armadura del tejado, y el conductor está fijo al pié de la varilla. Este conductor se mantiene á doce ó quince milímetros del techo, descendiendo en seguida á lo largo del muro hasta el suelo, dentro del cual se le hace penetrar. Para más seguridad, se abre un canal de un metro de profundidad, se mete el conductor y se llena el hueco que queda con cisco de tahona. Por último, se hace llegar la extremidad del conductor bien al agua de un pozo ó bien á un terreno húmedo. El cisco es un excelente conductor.

Un pararrayos bien construido preserva del rayo en torno suyo una

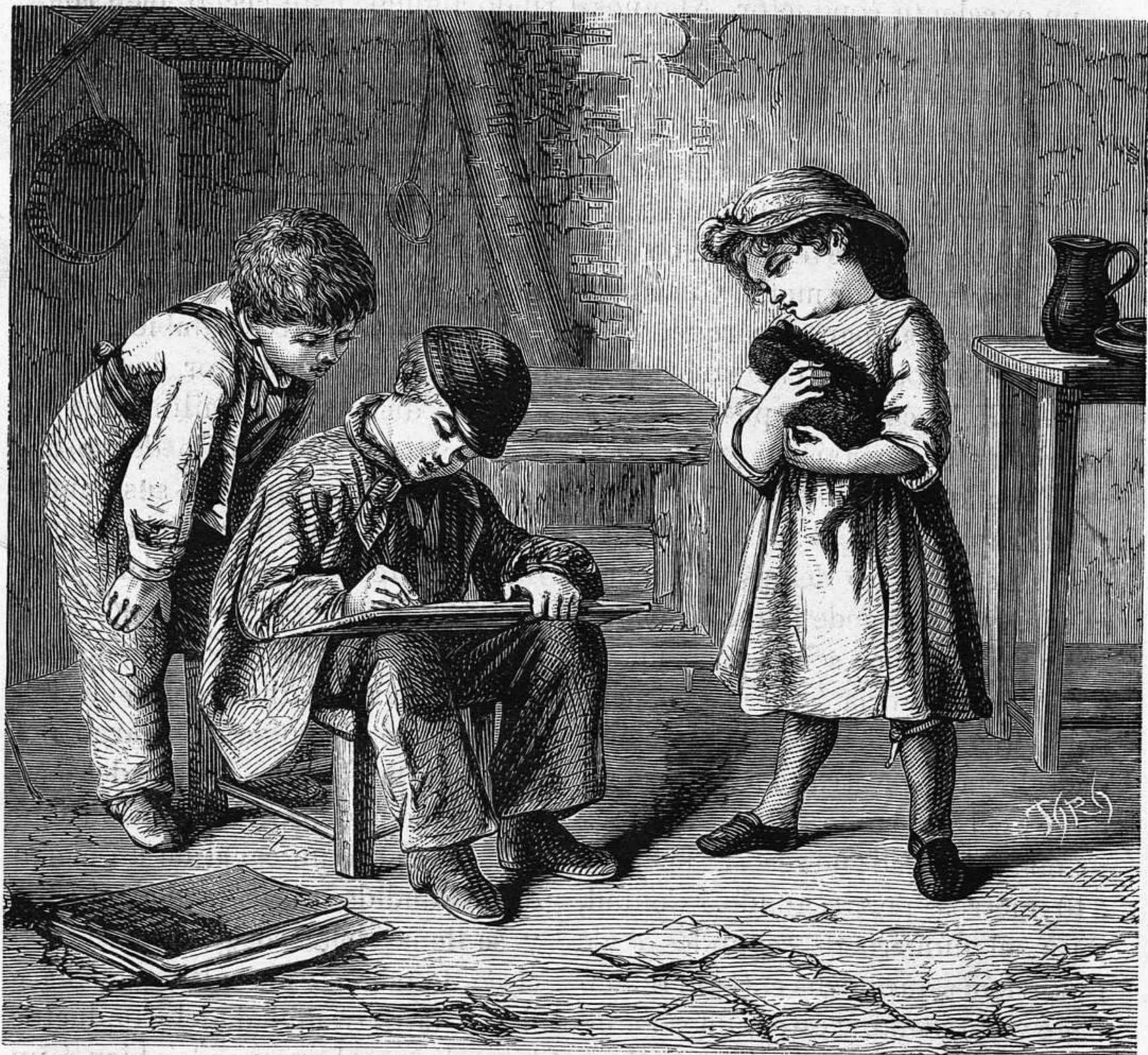
distancia doble de su altura. Es posible simplificarle; así una cruz colocada sobre un campanario se puede convertir en un pararrayos, si se fijan algunas puntas de latón en su parte superior y se le coloca un conductor. Una veleta colocada en la

parte superior de un castillo ó torre puede igualmente preservar del rayo, provista de un buen conductor.

Si el conductor está interrumpido, léjos de ser un preservativo para el edificio es un peligro constante.

TH. LEBRUN.

ESCENAS INFANTILES.



Famosas disposiciones manifiesta el niño para la pintura. Ya está haciendo el retrato de su prima juntamente con el del gato, que en verdad no tiene muchas ganas de que le retraten, y rabiando está por echar á correr.

Bueno es tener desde la infancia afición á tan bella arte como la de la pintura, y quien la tenga debe cultivarla siempre, y acaso un dia sea una gloria nacional, como el pobre Fortuny que acaba de morir, llorado por los artistas del mundo entero.



El tipo que representa esta preciosa lámina, se presta mucho al ridículo, porque algo de esto tiene en efecto el hombre que se está horas enteras viendo si pica el pez, que la mayor parte de las veces no pica, y componiendo á cada momento el anzuelo, que á cada momento se descompone. Pero los niños deben ser tan bien criados y respetuosos, que ni del pescador de caña les es permitido burlarse, y mucho ménos inquietarle en su faena.

LIVINGSTONE,

POR

R. CORTAMBERT.

Se ha dicho con razon que los hombres deberian ser apreciados por su grandeza de alma. La vida de Livingstone es uno de los más bellos ejemplos que pueden citarse, por su irreprochable probidad, unida á un talento superior. Desde su más tierna infancia el que estaba destinado á obtener el primer rango entre los viajeros contemporáneos se hizo notar por su perseverancia verdaderamente inaudita y que denotaba las más nobles aspiraciones. La dura escuela de la miseria parecia haberle preparado para los grandes combates que más tarde tuvo que sostener, permitiéndole triunfar de los obstáculos sin número que hubiesen detenido á los más atrevidos viajeros.

Livingstone nació en Escocia, en la aldea de Blantyre, en 1815. Sus padres eran simples jornaleros; quisieron que fuese su hijo obrero y obedeció. Desde entónces todo parecia que le cerraba el camino de la ciencia; pero supo, por medio de obstinados esfuerzos casi sobrehumanos, romper todos los obstáculos; se convirtió en su propio maestro, el mejor de todos los maestros. Distribuyó su existencia en dos partes: consagrada

la una á su trabajo manual, la otra al estudio. Leía por la mañana ántes de ir al taller, y sólo dejaba éste para consagrarse de nuevo á la lectura; áun durante el dia cualquier obra de literatura ó ciencias que se dejase sobre su banco era devorada por él con la vista, sin que sus manos dejaran la tarea.

Por este medio aprendió el latin, las matemáticas, la historia, la geografía, la literatura, la medicina y la teología.

A los diez y nueve años llegó á ser tejedor, tenía un oficio del que podia vivir, profesion excesivamente molesta, pero lucrativa relativamente. Con las economías que pudo realizar pasó el invierno en Glasgow, para proseguir sus estudios médicos y teológicos, al propio tiempo que un curso de griego.

Recibido de doctor, determinó hacerse misionero y marchar á predicar el Evangelio al extremo Oriente.

Llegó al cabo, y supo la guerra declarada, á causa del comercio del opio, por los ingleses, á la China; cambió de resolucion, prometiéndose hacer conversiones cristianas entre los negros del África.

Casóse con la hija del doctor Mof-

fat, jóven acostumbrada desde hacía muchos años á los usos del África meridional. Terminados sus preparativos, aventuróse, al estilo de los alemanes emigrantes, con su familia y algunos hombres atrevidos, á la cabeza de los que se encontraban dos intrépidos cazadores, Murray y Os- well.

Los viajeros eran conducidos en un pesado carro tirado por cinco pares de bueyes.

La caravana llegó á la orilla del rio Orange, y desde allí penetró en el país Kuruman, donde Livingstone estuvo á punto de perecer. Un leon terrible tenía aterrizada toda la comarca; Livingstone cogió su carabina, dió vista al animal, tira sobre él y le yerra; furioso éste, se arroja de un salto sobre el imprudente cazador, le echa al suelo y le retiene, con espanto y sin alientos, bajo sus garras. En este momento acudió un salvaje y comenzó á exhalar grandes gritos, consiguiendo por este medio atraer sobre él la rabia del leon, del que logra escaparse por su ligereza, despues de salvar al misionero de una muerte segura. No obstante este desgraciado ensayo, Livingstone renovó muy á menudo con más acierto y sagacidad, tentativas parecidas. Los indígenas jamas atacan á los leones; creen firmemente que el alma de sus jefes trasmigra á los cuerpos de estos reyes del desierto, explicándose así y muy filosóficamente su ferocidad y apetito. Tan pronto los adulan como les insultan. «Gran jefe, vos rugis, vos decis que teneis

hambre, siempre hambre, vos que- reis devorarlo todo; ¡teneis completamente el corazon de un jefe!»

Creencia primitiva y que demuestra el grado de terror que los tiranos inspiran á aquellas oprimidas poblaciones.

Oswell y Murray, los compañeros de Livingstone, llevaban á cabo exploraciones de caza dignas de Nemrod. El país que recorrían abundaba en caza, búfalos, girafas, ciervos, antílopes y rinocerontes. Los naturales ejecutaban verdaderas razias en esta fauna exuberante cavando fosos, á los que llaman *hopo*, donde las bestias montaraces caian las unas sobre las otras. Los Europeos preferian su carabina, lo que extrañaba mucho á los salvajes. Como la caza de esta manera es á la vez ménos productiva y más expuesta, no comprenden que entre nosotros el mismo peligro es el mayor atractivo de estas expediciones.

Si la caza no faltaba á Livingstone y á sus camaradas, no sucedia lo mismo con las conversiones; no obtenian casi ninguna. Estos pueblos son de una estupidez insigne; su limitada inteligencia no es capaz de elevarse más allá de su grosero fetichismo. Un jefe de tribu propuso á Livingstone un medio heroico para sacar más partido entre los recalcitrantes que rehusaban convertirse. «¿Veis estas gentes? le dijo, no harán nada sino por la fuerza. Voy á ordenar se les administren algunos latigazos y harán cuanto gustéis.» Es inútil añadir que el misionero rechazó este género

de proselitismo tan poco evangélico.

Livingstone residió durante algunos años al lado de un jefe llamado Séchéli, al que sus súbditos atribuían un poder absoluto sobre las nubes. Ahora bien, desde la llegada del misionero, una espantosa sequía desoló la comarca, no dejando los indígenas de atribuir este fracaso á la influencia perniciosa del viajero. Una diputación solemne, compuesta de los principales individuos de la tribu, acudió á suplicarle permitiese á Séchéli ocasionase, por lo ménos, algunos chaparrones. Prometiéndoles con mucho gusto Livingstone no oponer ningun obstáculo por su parte; pero, como quiera que no tuviesen entera confianza en la infalibilidad de su jefe, entregáronse á las más extrañas brujerías, quemando murciélagos, corazones de chacal é hígados de mono. Nada se consiguió; no cayó una gota de agua, y Livingstone llegó á ser objeto de un ódio general, viéndose obligado á abandonar la tribu.

El Doctor y su escolta caminaron en línea recta hácia el Norte, atravesaron el desierto de Calahari, y descubrieron en el mes de Agosto de 1849 el lago Ngami, una de las más bellas lagunas del Africa austral.

El jefe del lago acogió muy mal á los recién llegados; rogáronle les vendiese algunas cabras y bueyes, y excusóse ofreciéndoles en cambio venderles colmillos de elefantes, cuya oferta fué rechazada por Livingstone. «Se dice que los europeos son muy

aficionados á estos huesos, le dijeron; podeis tomarlos ó no, allá veréis, las cabras y los bueyes los guardo para mí.»

Abandonó Livingstone aquellas inhospitalarias orillas y se trasladó al país de los Cololos ó Makololos, donde estableció el cuartel general de sus excursiones. Allí encontró algunas inteligencias bastante claras, entre otras la de dos jefes, Sébitouxné y su hijo Sékéléton. Lo que perjudica al desarrollo del progreso entre los Makololos, raza mucho mejor dotada que las de sus vecinos, son las tradiciones absurdas y una excesiva credulidad. Así, cuando Livingstone ofreció á los indígenas enseñarles á leer, rehusaron con temerosa repugnancia. Parecíales la lectura un acto de peligrosa brujería; no podían darse cuenta de que por este medio se tuviese conocimiento de sucesos ocurridos en países lejanos, ó en otro siglo. Un salvaje, más atrevido que los demas, consintió en recibir algunas lecciones, y apenas abrió un alfabeto, cuando se creyó en grave peligro de muerte. Grande fué su sorpresa cuando se apercibió, despues de haber deletreado las primeras letras, que no se hallaba enfermo. Acercóse gravemente al jefe para manifestarle que se trataba de una cosa completamente inofensiva, y gracias á esta afirmacion, sus compatriotas se aficionaron á la lectura, demostrando algunos una asombrosa facilidad.

Las mujeres de Makololos son muy coquetas; se presentan ante el

público con el cuerpo frotado con manteca y las piernas cubiertas de anillos de oro ó de azabache. Tienen una costumbre poco seductora, la de arrancarse los dientes de la mandíbula superior. Poseen también la de embriagarse con una bebida fermentada, llamada *bogoloa*, y pegan á sus maridos. Este último delito no pasa sin su correctivo; dada la queja por el apaleado, su mitad es condenada á llevarle sobre sus espaldas á su casa en medio de la gritería de la multitud.

Al fijar Livingstone su residencia en Linyanti, capital de los Makololos, exploró la Zambese, haciendo por las cercanías frecuentes y curiosas excursiones. Determinó verificar un largo viaje al Oeste, hasta las orillas del Atlántico, trayecto de más de cuatrocientas leguas á través de terrenos desconocidos. Escogió entre los indígenas de Makololos algunos de toda su confianza, siendo más tarde plenamente confirmada su elección. Atravesó el país de los Barotrú, y habitó durante algun tiempo en el país de Londa, cuyos moradores son en extremo hospitalarios. Cuando quieren dar á un forastero una gran muestra de distincion, llevan en un saquito de cuero cenizas ó tierra de pipa, con lo que se frotan el pecho y los hombros. Finalmente, la mayor parte de los reyezuelos negros acogieron á nuestro viajero con cortesía y curiosa deferencia. Obtuvo un favor muy deseado de los Londas, ó Balondas, una audiencia del rey Chinté, que le recibió con gran pom-

pa, rodeado de sus altas dignidades y de sus cien mujeres, de las cuales la principal situada en primer término, llevaba en la cabeza un extraño turbante rojo. Desde el momento en que el rey dió principio á su discurso, entonaron las mujeres un canto plañidero, en tanto que tres tambores y cuatro trompetas producian una discordante confusión, con gran contento de la concurrencia.

Livingstone enseñó á Chinté, á sus cortesanos y mujeres la linterna mágica. Todo marchó bien hasta entonces. El primer cuadro representaba el sacrificio de Abraham. La venerable figura y blanca barba del patriarca obtuvieron un señalado triunfo; Abraham pareció á los concurrentes mucho más imponente que los grotescos ídolos ofrecidos á su ordinaria adoracion. Las mujeres, sobre todo, no tenían bastantes ojos ni oídos. Pero cuando el Doctor movió el cristal en que se hallaba impresa la imagen, y cuando el cuchillo que Abraham tenía levantado sobre su hijo llegó á moverse dirigiéndose hácia donde ellas se hallaban, figuráronse ser ellas las que iban á ser degolladas en lugar de Isaac.

«¡Madre mia! ¡madre mia!» exclamaron aterrorizadas; y, pasando las unas sobre las otras, salieron en confusión, cayendo sobre las cabañitas donde se hallan encerrados los ídolos y sobre las plantas del tabaco. Finalmente, rompen, arrastran y aplastan cuanto hallan á su paso, siendo imposible volverlas á reunir de nuevo. En cuanto á Chinté, per-

maneció con valentía en su puesto; y, despues de la representacion, examinó con mucho interés la linterna mágica.

Diez dias despues, devolvió la visita á Livingstone, y sacando de su vestidura un collar de caracoles, se lo puso alrededor del cuello. Era sin duda algo parecido á la *gran cruz de la órden de Londa*.

El viaje empezó entónces á ser difícil desde el momento que la caravana penetró en los lugares visitados por los comerciantes portugueses y los negreros. La desconfianza que inspiran los viajeros es extremada.

Al aproximarse el pacífico misionero, las mujeres corrian á ocultarse en sus cabañas, y los negritos, asustados, eran presa de verdaderas convulsiones. Llegóse, por último, á San Pablo de Loanda. La vista del Océano produjo en los Zambeses una extrañeza grande con algo de temor.

«Pensábamos, decian, que la tierra no tenía límites, pero la tierra nos ha dicho de pronto: «Aquí termino; más adelante dejo de existir.»»

El regreso se verificó sin novedad.

(Se continuará.)



LA ORACION.

Á MI HIJO

JOSÉ DEL OLVIDO.

DOLORA.

— Vén junto á mí, luz del cielo;
Te sentaré en mis rodillas,
Y besaré tus mejillas
Más puras que el azahar;
Mira: ya se apaga el día
En la bóveda serena;
Ya la campana resuena...
Vamos, mi vida, á rezar.

Preguntas por qué rezamos?
— Porque la oracion, bien mio,
Es el celestial rocío
Que refresca al corazón;
Es del alma esencia casta
Que al trono de Dios se eleva,
Pues un ángel se la lleva
Á la celeste region.

¿Que no ves el ángel dices?
— Tampoco ves el ambiente
Que viene en tu blanca frente
Tus cabellos á rizar;
Ni ves el aroma dulce
Que en sus hojas de colores
Guardan esas bellas flores
Que gozas en aspirar.

Y, sin embargo, tú sientes
Esa esencia y ese viento,
Que si cesa en el momento
Algo suyo deja en pos.
Así, quien busca consuelo
De la oracion en la calma,
Siente en el fondo del alma
Que su acento acoge Dios!

¿Dónde está Dios?— Ves el cielo
Que empieza á envolver la sombra,
Pues de su planta es alfombra
Su magnífica extension;
Bajo sus divinas huellas
Brotan astros á porfía,
Y por eso cada día
Más innumerables son.

Dios le da su dulce arrullo
Á esa tórtola que canta;
Hizo la luz que abrillanta
Las nubes de rosicler.
El mar, las aves, el viento,
Ese cielo trasparente,
Y el arroyuelo bullente,
¡Todo canta su poder!

Dios palpita en la mirada
 Del que compasion implora;
 Vibra en el duelo que llora
 El huérfano con afan;
 Y se adivina en el llanto
 Que asoma, niño, á tus ojos,
 Cuando calmas sus enojos
 Dando al mendigo tu pan.

Dios, para los niños buenos
 Como tú, luz de mi cielo,
 Desciende ángeles al suelo
 Que les preserven del mal;
 Si tú siempre así le amas,

Tu ángel bueno, vida mia,
 Podrá llevarte algun dia
 Ante su trono inmortal.

—
 ¿Dices que besarle quieres?
 —Pues reza con embeleso
 Y hasta Él, tu inocente beso
 De la oracion irá en pos:
 Ó besa, niño, mis labios
 Cuando á Dios besar te cuadre,
 ¡Porque el alma de una madre
 Puede ser altar de un Dios!

PATROCINIO DE BIEDMA.

(1871.)

EL JUGO DE LA CIENCIA.

FÁBULA.

Niño, ¿no ves á la abeja,
 De una en otra flor pasando,
 Cómo el jugo va libando
 De la rosa y del clavel?
 No les pide sus colores,
 Ni su aroma á la azucena;

Para llenar su colmena
 Sólo les roba la miel.
*Cultiva tu inteligencia
 En los libros; y estudiando,
 La colmena irás llenando
 Con el jugo de la ciencia.*

T. GUERRERO.

